HÉLÈNE DELFORGE QUENTIN GRÉBAN

TE QUIERO

algar

Aquella mañana...

El señor barbudo había estado en la cama con su dama.
Ocho minutos de ternura robados a un día vulgar y corriente.
Llegaba tarde.
Pero eso no tenía la menor importancia.

La señora de rosa daba cabezadas. No había dormido,
había tenido cosas mejores que hacer.
Pero eso no tenía la menor importancia.

La joven del perrito hacía cuentas. Veintiocho días más diez.
¡No, once! ¡Once días! La alegría crecía en su vientre.
Tenía prisa en darle la noticia. ¡Ojalá fuera ya por la tarde!
Se le había pasado la parada.
Pero eso no tenía la menor importancia.

Aquella mañana...
Había tanto amor en el aire que nos contagiamos.
Y todo lo demás no tenía la menor importancia.

¿Cómo se puede cantar
que no hay amores felices
cuando existes tú?